

Introducción

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. *Ef* 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.

Con estas palabras, dirigidas a los electores del sucesor de Juan Pablo II durante la homilía que predicó en la Misa de inicio del Cónclave, el decano del Colegio Cardenalicio presentaba el relativismo como el principal obstáculo que la Iglesia debe superar para hacer que los hombres y mujeres del siglo XXI descubran la hon-

dura de su propia humanidad en la contemplación y unión con el Hijo de Dios hecho hombre. Para lograrlo, Joseph Ratzinger veía necesario que una fe madura en Cristo («adulta e ilustrada») fundiese en unidad la verdad y la caridad, como expresaba inmediatamente después del pasaje que hemos citado arriba:

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta fe. Esta fe —sólo la fe— crea unidad y se realiza en la caridad. A este propósito, san Pablo, en contraste con las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, nos ofrece estas hermosas palabras: «hacer la verdad en la caridad», como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como «címbalo que retiñe» (1 Co 13, 1)¹.

Desde el comienzo de su magisterio como Papa Benedicto XVI, Joseph Ratzinger se esforzó para ayudarnos a redescubrir la persona de Jesucristo: ¡qué mejor testimonio que sus volúmenes de *Jesús de Nazaret!* Además, sus tres encíclicas (*Deus caritas est*, *Spe Salvi* y *Caritas in veritate*) desarrollaron ampliamente la íntima conexión entre las tres virtudes teologales y la verdad. Con la perspectiva que dan los años, se podría decir que en esa homilía se concentraba una buena parte del programa de su pontificado.

1. J. RATZINGER, *Homilía*, (18/4/2005).

Sin embargo, las últimas palabras de la cita anterior —*la caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como cimbalo que retiñe*—, que son un eco de San Pablo, a los conocedores de la filosofía nos recuerdan también a Kant: «Los pensamientos sin contenidos son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas»². Con esta frase, ese importante filósofo alemán expresaba que el intelecto humano tiene necesidad del aporte de los sentidos para poder conocer, pero que la simple experiencia empírica de los sentidos, sin el concurso del intelecto, no es conocimiento. De modo análogo, Joseph Ratzinger nos insiste aquí que no es posible amar a Cristo si no conocemos su verdadero rostro, que se revela al intelecto humano iluminado por la fe; y a la vez, que no existe un verdadero conocimiento de Cristo que sea algo meramente intelectual y frío, sin intervención del amor. Es decir, para poder alcanzar a Cristo el hombre tiene necesidad de su natural capacidad de conocer la verdad, porque la fe ciega lleva al fanatismo³. Si falta la confianza en el conocimiento que el hombre tiene naturalmente del mundo, de sí mismo y de Dios, o se excluye a Dios del campo de la razón, no se puede amar a Jesucristo, que es *verdadero Dios* y, como nosotros, también es *verdadero hombre*. La actual crisis relativista y escéptica muestra que si la razón natural pierde credibilidad, el conocimiento sobrenatural y la fe en la revelación

2. *Gedanken ohne Inhalt sind leer, Anschauungen ohne Begriffe sind blind* [I. KANT, *Kritik der reinen Vernunft. Zweite Auflage 1787*, en KÖNIGLICH PREUSSISCHEN AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN (ed.), *Kant's Werke*, Vol. 3, Georg Reimer, Berlin 1911² (KrV), B75, A51]. En otro orden de cosas, Albert Einstein expresaba de modo semejante la necesaria relación entre religión y ciencia: «La ciencia sin la religión está coja, la religión sin la ciencia está ciega» (*Wissenschaft ohne Religion ist lahm. Religion ohne Wissenschaft ist blind* [A. EINSTEIN, *Conferencia «Naturwissenschaft und Religion II»*, (1941)]).

3. Benedicto XVI desarrolló esta idea en su lección magistral en la universidad de Ratisbona (12 de septiembre de 2006).

cristiana resultan imposibles. Además, como intentaremos hacer ver en las páginas que siguen, el eclipse de Dios o su desaparición del horizonte de la vida de los hombres lleva a la deshumanización de las relaciones sociales y políticas en el seno de la comunidad, porque una cultura que cierra sus puertas a Dios deja también afuera al hombre.

Es necesario comprender las causas de la crisis que sufre actualmente la razón para poder ayudar a quienes nos rodean a descubrir en Cristo, el Hijo del Dios Vivo, el fundamento del ser del hombre y la fuente de su felicidad y de un sólido desarrollo social. Estimulados por estos y otros señalamientos de Benedicto XVI, en las páginas siguientes analizaremos el contexto de relativismo cultural en el que actualmente se encuentra sumergida buena parte de la cultura occidental. No es nuestro objetivo trazar un panorama sombrío y desesperanzador del presente, sino más bien intentar comprender los condicionamientos culturales que dificultan a nuestros contemporáneos aceptar que la verdad existe, que podemos conocerla, y que de la coherencia de nuestros proyectos y de nuestras acciones respecto a la verdad de lo que somos depende la felicidad que deseamos.